

# La cabellera de la princesa

**Carlo Frabetti**

**E**s probable que hayáis oído alguna vez el cuento de la princesa de largos cabellos que se los hacía contar diariamente, alarmada al observar que cada mañana se quedaban algunos enredados en su peine.

Para tranquilidad de la princesa, la cuenta se mantenía siempre alrededor de los ciento cincuenta mil cabellos, pese a que se le caían unos cincuenta diarios, por lo que no parecía que fuera a perder su dorado atributo.

Pero había otro aspecto de su cabellera que la preocupaba tanto como su frondosidad, y era su longitud. Aunque la princesa nunca se cortaba el pelo (ni siquiera las puntas), e incluso pedía a sus doncellas que le dieran tirones para obligarlo a salir más deprisa, su melena no pasaba de un metro. Una longitud considerable, pero que a Amatista (tal era el nombre de nuestra princesa) no le parecía suficiente, ya que deseaba que el cabello le llegara hasta el suelo como un manto dorado.

Amatista no podía entender que su pelo se negara a seguir creciendo; llegó a pensar que era víctima de un maleficio, y ofreció recompensas cada vez más generosas a quien lograra hallar la explicación de tan extraño fenómeno.

Los más expertos médicos, peluqueros y esquiladores de ovejas examinaron la principesca melena sin conseguir descifrar el enigma. Hasta que un día un enano de revuelto pelo rojo e hirsuta

barba, llamado Ulrico, acertó a pasar por aquellas latitudes.

No tardó en enterarse del asunto, ya que la cabellera de la princesa era uno de los temas de conversación más frecuentes en el país, y aunque aquello le pareció una solemne tontería, fue a palacio y se presentó ante Amatista.

—No necesito un bufón, enano —le dijo ella con desdén nada más verlo.

—Pero sí que necesitas a alguien que piense por ti —replicó Ulrico—, ya que por lo visto la cabeza sólo te sirve como soporte del pelo.

Un murmullo de asombro y consternación recorrió la sala del trono, y un guardia armado se adelantó hacia Ulrico dispuesto a hacerle pagar su osadía; pero Amatista lo contuvo con un gesto a la vez que sonreía maliciosamente. Estaba harta de aduladores y farsantes, y aquel enano insolente parecía listo. Así que le dijo:

—Muy bien. Veamos si esa fea cabezota merece seguir sobre esos hombros excesivamente anchos para tu ridícula estatura. ¿Tienes algo interesante que decirme?

—Interesante en sí mismo no, puesto que el asunto es realmente baladí; pero, al parecer, y dada tu enorme frivolidad, es interesante para ti. Voy a decirte por qué tu ostentosa melena no alcanza mayor longitud que la que ya tiene.

Un nuevo murmullo recorrió la sala, y Amatista se envaró en su trono. Algo le decía que aquel enano no hablaba por hablar.

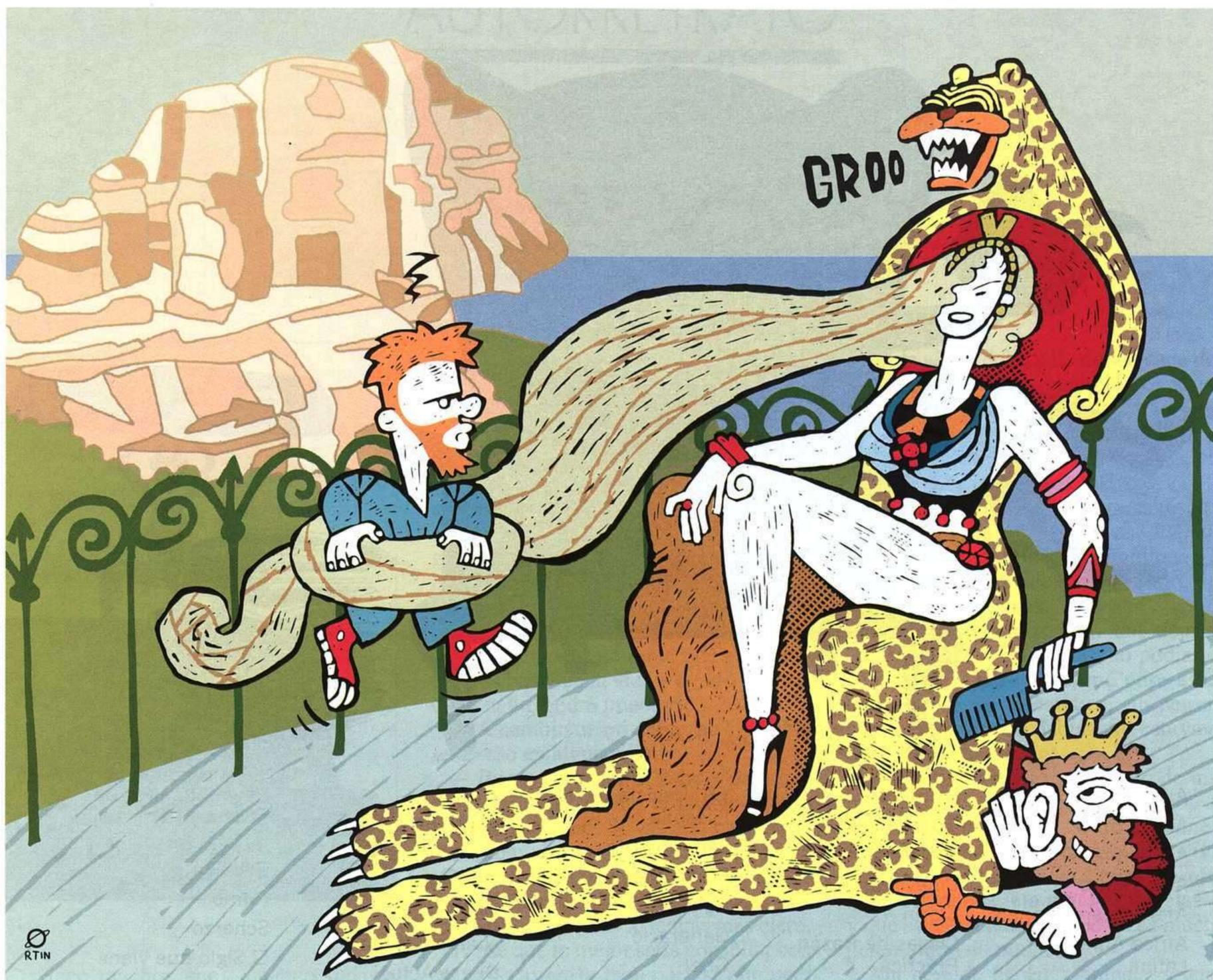
—Te escucho —dijo expectante la princesa. En la sala se hizo un profundo silencio, y Ulrico habló así:

—Si, como he oído decir, tienes ciento cincuenta mil cabellos y se te caen unos cincuenta diarios, dentro de tres mil días se habrán caído todos los que ahora mismo adornan tu hueca cabeza; aunque, naturalmente, para entonces tendrás otros ciento cincuenta mil, que te habrán ido saliendo al mismo ritmo que se te caen, puesto que la absurda cuenta diaria que impones a tus pobres doncellas demuestra que el número de tus cabellos permanece constante. Lógicamente, de los ciento cincuenta mil cabellos que ahora tienes, los últimos en caer serán los que te han salido hoy mismo, lo que equivale a decir que la vida media de un cabello es de tres mil días (ciento cincuenta mil dividido por cincuenta que se te caen al día). Puesto que el cabello humano, como todo el mundo sabe, crece a razón de un centímetro al mes y tres mil días son cien meses, tu cabellera debe medir en su punto de máxima longitud alrededor de un metro.

—Eso es lo que mide —admitió la princesa—.

—Y no puede medir más —añadió Ulrico—, ya que tus cabellos sólo alcanzan esa longitud cuando tienen cien meses de vida y han llegado, por tanto, al fin de sus días.

Un admirado silencio siguió a la exposición del enano. Ahora que él lo ha-



bía explicado, parecía lo más sencillo del mundo.

Fue el propio rey Herminio, el padre de Amatista, que había escuchado desde la puerta, sin ser visto, la explicación de Ulrico, quien rompió el silencio.

—Te felicito. No soy de los que valoran a los hombres por su estatura, y celebro tener un sucesor tan sincero, valiente y sagaz como tú.

Ulrico miró al rey con asombro, sin entender lo que quería decir con «sucesor». La explosión de Amatista se lo aclaró inmediatamente.

—¡Padre! ¡No pretenderás que me case con un enano!

—No soy yo quien lo pretende, querida hija —replicó el rey—. Tú misma ofreciste tu mano a quien descifrara el enigma de tu cabellera.

—Permitidme, majestad —intervino Ulrico, visiblemente nervioso—. En realidad, no había ningún enigma que descifrar: no he hecho más que describir el comportamiento normal del cabello humano; por lo tanto, no merezco el altísimo honor que...

—Además de sincero, valiente y sagaz —le interrumpió Herminio—, eres modesto y generoso. Al ver que me hija no te quiere por esposo, renuncias a ella. No puedo imaginar un yerno mejor que tú. Ven a mis brazos.

Y el rey (que no era muy alto y mostraba una clara predilección por los hombres más bajos que él) abrazó efusivamente a Ulrico, entre los vítores de los cortesanos que llenaban la sala del trono. Amatista, viéndose ya casada con el enano, estaba mortalmente pálida.

—Majestad —dijo Ulrico al verse por fin libre del real abrazo—, me habéis llamado sincero y ello me obliga a hablaros con toda sinceridad. No tengo ningún deseo de casarme, y menos con una princesa, y menos aún si la princesa es como *ella* —y señaló a Amatista.

El rey lo miró con genuina admiración.

—Además de sincero, valiente, sagaz, modesto y generoso, eres sabio. Ni yo mismo, que soy su padre amantísimo, puedo soportar a Amatista, y por eso estoy tan ansioso por casarla. Comprendo que renuncies a su mano. Pero acepta la mía como la de un amigo.

El rey tendió la mano a Ulrico, que se la estrechó calurosamente.

Y así fue como la princesa se libró de su imaginario maleficio, y Ulrico de la princesa.